

locadas de modo, que mas bien se las podria tomar por arabescos, volutas, espirales y astrágalos, que por creaciones de la estatuaria.

Al imitar las construcciones sarracenas, los arquitectos cristianos las elevaron dándoles mayor estension: construyeron mezquitas sobre mezquitas, columnas sobre columnas, galerías sobre galerías: pusieron apéndices á manera de alas á los dos lados del coro, y capillas en aquellos apéndices.

Vióse la línea recta substituida en todas partes por la espiral; en vez de un techo plano ó arqueado, edificaron una bóveda estrecha cerrada en forma de ferebro ó de carena de un navio: las torres nuevamente construidas, sobrepusieron en altura á los minaretes.

La cristiandad edificaba á expensas comunes ó por medio de cuestaciones y limosnas, esas catedrales, particularmente en los Estados que carecian de fondos para atender á su construccion, que en ninguna parte llegó á estar enteramente concluida. En aquellos vastos y misteriosos edificios, se grababan en hueco ó de relieve, como con un saca-bocados, los adornos del altar, los monogramas sagrados, los vestidos y los vasos sacerdotales. Las banderas, las cruces diversamente adornadas, los cálices, los incensarios, las capas, los paliós, los cayados y las mitras, cuyas formas se avienen con el estilo gótico, conservaban los símbolos del culto, produciendo inesperados efectos artísticos. No pocas veces las goteras de estos edificios piadosos, representaban animales monstruosos, demonios y frailes en actitudes poco decorosas. Ofrecia esta arquitectura de la edad media, una combinacion de trágico y grotesco, y de gracioso y titánico como la literatura de la misma época.

Las plantas de nuestro territorio, los árboles de nuestros bosques, el trébol y la encina, condecoraban las iglesias, como el acanto y la palmera habian embellecido los templos en la época de Pericles. En lo interior, la catedral era á manera de un bosque, un laberinto, cuyos mil arcos á cada movimiento del espectador, se separaban, cortaban y enlazaban bajo nuevas y caprichosas formas: este bosque estaba iluminado por grandes rosetones incrustados de vidrios de colores, que parecian soles brillando con mil colores bajo la enramada. En lo exterior, esa misma catedral se parecia á un edificio, al que le hubieran dejado sin quitar todo el aparato de puntales y andamios que sirvieron para su construccion, y á fin de que al paso que sostenian la aérea nave no desfiguraran su estructura, se les habia dado un gracioso recorte: nada se via mas que arcos, puentes, pirámides, agujas y estátuas.

Las partes de adorno que no eran esenciales al edificio, armonizaban con el estilo general: las tumbas eran de forma gótica, y la basilica que se elevaba sobre ellas como un inmenso catafalco, parecia estar modelada bajo su misma forma. Todavía se admira en Auch, uno de esos coros de madera de encina tan comunes en los conventos, y construidos con arreglo, al gusto de la arquitectura del edificio. Todas las artes plásticas participaban de aquel gusto florido y compuesto, y hasta en las paredes y en los vidrios de los rosetones se veian pintados paisajes y escenas de la religion y de la historia nacional.

En los palacios, los escudos de armas iluminados, incrustados en losanges de oro, formaban techos artesonados, parecidos á los de los hermosos palacios de los cinco cento en Italia. Hasta la forma de la letra, puede decirse que era dibujada: el geroglífico germánico habia substituido á los trazos rectilíneos romanos, y estaba en consonancia con los escudos de armas y con los monumentos sepulcrales. Los torreones aislados que servian de vigías en las alturas, las fortalezas encerradas dentro de espesos bosques ó suspendidas en la cima de las rocas como nidos de águilas; los puentes puntiagudos y estrechos, atrevidamente proyecta-

dos entre torrentes; las ciudades amuralladas que si encontraban á cada paso, y cuyas almenas servian aun mismo tiempo de fortificacion y de adorno; las capillas, oratorios y ermitas, colocadas en los sitios mas pintorescos al borde de los caminos y de los ríos; los campanarios, las beletas de las iglesias de las aldeas, las abadias y los conventos; todos esos edificios que ya no encontramos sino muy-rara vez, y cuyos cincelados muros, han sido ennegrecidos, obstruidos y medio derribados por el tiempo; todos esos edificios brillaban entonces con el esplendor de la juventud, y acababan de salir de manos del artífice. La vista no perdía en la blancura de sus paredes ni el mas pequeño detalle, ni la elegancia de sus líneas entretreídas, ni la variedad de sus cinceladuras, ni de sus recortes, ni de todos los caprichos de una imaginacion libre é inagotable.

¿Deseará alguno saber hasta qué punto el territorio francés estaba cubierto de semejantes edificios? Los treinta tomos de la *Gallia christiana*, obra que aun no está concluida, hacen mención de quinientos monasterios ó fundaciones monásticas. El catálogo general presenta un conjunto de 30,419 curatos, 18,537 capillas, 420 cabildos con iglesia, 2,872 prioratos, 931 hospitales para leprosos: es de advertir, que el catálogo á que nos referimos, no está completo. Jacobo Cœur, contaba un millon setecientos mil campanarios en Francia, y la *Sátira menipea* reproduce el mismo cálculo.

No hay exageracion en suponer un castillo grande ó pequeño para cada doce campanarios. Todo señor que poseia tres castellanías y una poblacion cerrada, tenia derecho de justicia, y llegó á haber en Francia setenta mil feudos ó alodios, de los cuales, habia tres mil que eran titulados. Por un cálculo medio, pueden suponerse en esos setenta mil feudos siete mil señorios, con derecho de justicia, y por consiguiente, igual número de poblaciones cerradas ó fortificadas: por lo tanto, la suma aproximativa de los monumentos (inclusas capillas, ciudades, castillos, etc.) seria un millon ochocientos setenta y dos mil novecientos veintiseis, sin hablar de las basílicas, de los conventos encerrados en las ciudades, palacios reales y episcopales, casas consistoriales, mercados públicos, puentes, anfiteatros, fuentes, acueductos y templos romanos que aun existian en el Mediodía de Francia. Hé aquí ciertamente un territorio bien distintamente adornado de lo que lo está en la actualidad. La arquitectura religiosa, civil y militar, gótica, terminaba en pirámides, y atraía desde lejos todas las miradas: la arquitectura moderna civil y la militar, apropiada al uso de las nuevas armas, lo ha arrasado todo: nuestros monumentos se han rebajado y puesto, por decirlo así, á nivel de nuestra altura.

¿Dejará nuestra época tan multiplicados testigos de su tránsito, como el tiempo de nuestros padres? ¿Quién edificará actualmente templos y palacios en todos los ángulos de Francia? No tenemos ya la monarquía de la raza, la aristocracia hereditaria, las grandes corporaciones políticas y mercantiles, la gran propiedad territorial, ni la fe que ha removido tantas piedras. Una libertad de industria y de razon, no puede construir mas que bolsas, almacenes, manufacturas, bazares, cafés, y pequeñas casas de campo; en los campos, casas económicas; en las campiñas, chozas y en todas partes mezquinos sepulcros. Cuando de aquí á cinco ó seis siglos, la filosofía y la religion saldaran cuentas, cuando haran el balance de los dias que les han pertenecido, y podran la una y la otra redactar el catálogo de sus ruinas. ¿Hacia que lado se inclinará una parte mas amplia de la vida pasada, el total mas considerable de recuerdos?

La poblacion puesta en movimiento alrededor de los edificios de la edad media está descrita en las crónicas, y pintada materialmente en las viñetas: su nú-

mero era casi igual al de la época presente. Segun datos cuyas pruebas no me es posible insertar en un análisis, calculo que la superficie del territorio francés tal como existe en la actualidad, estaba cubierta por 25 millones de hombres: este número se deduce del rol de las contribuciones, del empadronamiento de los habitantes, de las ciudades, y del número de hombres que las municipalidades tenian que suministrar para el servicio de las armas.

El país estaba rico y bien cultivado: así por lo menos lo demuestran la inmensidad y variedad de las contribuciones reales y señoriales que he indicado en otro lugar sumariamente.

Cuando Eduardo III volvió á Inglaterra despues de haber tributado homenaje á Felipe de Valois, dicen las crónicas que la reina Felipa de Hainaut lo recibió muy alegremente, y le pidió noticias del rey Felipe, su tío y de su ilustre linaje de Francia: su marido le dió bastantes noticias del brillante estado en que se hallaba aquel país y de los honores que habia recibido, honores que ninguna otra nacion podia intentar de llevar á cabo. Es muy cierto que la guerra, cuando no extermina completamente los pueblos, los multiplica; que influye sobre las instituciones mas que sobre los hombres, y cierto es tambien que el feudalismo, que debió su origen y su poder á la guerra, fue por último derrocado por ella bajo los reinados de Felipe de Valois, de los reyes Juan, Carlos V, Carlos VI y Carlos VII.

Las diversas clases de la sociedad, y las distintas provincias en la edad media se distinguian por la forma de sus vestidos y por las modas locales: no se veia en las poblaciones esa uniformidad de trajes que hoy se observa en todas partes. La nobleza, los caballeros, los magistrados, los obispos, el clero secular, los religiosos de todas las órdenes, los peregrinos, los penitentes grises, negros y blancos, los ermitaños, las cofradías, los artesanos, los ciudadanos y los labradores, presentaban una variedad infinita de trajes, como en pequeño puede todavía verse en Italia. Sobre este particular es preciso atenderse á las artes: ¿de qué puede servirle á un pintor nuestro angosto vestido, nuestro sombrero redondo ó nuestro tricorno?

Desde el siglo XII al XIV el labrador y el hombre del pueblo llevaron la chaqueta, ó casaca gris sujeta sobre las caderas por medio de un cinturón. El sayo de piel ó *zamarra* era comun á todos los estados. La pellica forrada y un ropon largo á lo oriental, cubrian al caballero cuando no vestia la armadura: las mangas de ese ropon tapaban las manos, y era bastante parecido al *caftan* que hoy usan los turcos: una toca adornada de plumas, la capucha ó el capirote hacian veces de turbante. Del ropon ancho se pasó al vestido estrecho, y luego volvieron á usar otra vez el ropon adornado en el tiempo de Carlos V con el escudo de armas. Los calzones por lo cortos y angostos (no llegaban mas que á medio muslo) eran indecentes: las medias se usaban de distinto color en cada pierna: el chaqueton era mitad blanco y mitad negro, y el capirote mitad rojo, mitad azul. «Y eran tan angostos sus vestidos que al ponerlos ó quitarlos no parecia sino que la piel del cuerpo se habia de marchar con ellos; algunos llevaban sus túnicas de modo que abultaran sobre las caderas como las mujeres, á esto hay que añadir que llevaban menudamente festoneada toda la orla del capirote, y una pierna del calzon de un color y otra de otro; de manera que con esto y con llevar las alas de la toca y las bocas de las mangas hasta el suelo, parecian jugadores mas bien que personas formales. No hay pues que maravillarse de que Dios tratara de corregir los extravíos de los franceses por medio de una calamidad.» Odioso es sin duda ostentar lujo en medio de la miseria pública; pero no hay que olvidarse que la afición á engalanarse predominó en el pueblo francés hasta cuando andaba errante por

los incultos bosques de la Germania. Un francés es viste de gala para subir al patíbulo ó para venir á las manos con su enemigo, y lo que puede hacer en algun modo excusable esta rara manía, es que no tiene mas apego á la vida que á su vestido.

En los dias de ceremonia acostumbraban envolverse en una capa á veces corta y á veces larga. La de Ricardo I, era de una tela rayada y adornada de globos y medias lunas de plata, á imitacion del sistema celeste (VINISAUPE). Uno y otro sexo usaban igualmente del adorno de collares y pendientes.

Los zapatos puntiagudos y retorcidos (*á la pulaine*) fueron de moda durante mucho tiempo. La parte que cubria el pié estaba cortada en forma de ventana de iglesia: los nobles llegaron á gastar esta clase de zapatos de dos piés de largura, y adornada la punta con grifos, cuernos y figuras grotescas: de manera que fue imposible poder andar con ellos, y tuvieron que sostener la punta atándola á la rodilla con una cadena de oro ó plata. Los obispos lanzaron excomunicacion contra esa moda, y la trataron de pecado contra natura. Carlos V, la declaró contraria á las buenas costumbres, é inventada por bafa al Criador. En Inglaterra expidió el Parlamento un decreto prohibiendo á los zapateros hacer calzado, cuya punta pasara de dos pulgadas de largo. A los zapatos reemplazaron las babuchas cuadradas. Las modas variaban en aquel tiempo tanto como en el nuestro: el caballero ó la señora que inventaban una nueva moda ó capricho (*haligote*) adquirian cierta celebridad: el que inventó los zapatos á la *poulaine*, era un caballero llamado Roberto, el Cornudo. (W. MAMLSBURY.)

Las nobles señoras gastaban una tela finísima de lino sobre el cutis, y sobre ella túnicas largas adornadas á la derecha con el escudo de armas de su marido, y á la izquierda con el de su familia. Unas veces llevaban el cabello corto y alisado sobre la frente, cubriéndose la cabeza con un sombreroillo entretreído de cintas, y otras se adornaban con un peinado en forma de pirámide de toda la altura posible, suspendiendo de ella plumas, velos ó girnes de seda que á veces llegaban hasta el suelo y ondeaban á merced del viento. En tiempo de la reina Isabel hubo que dar mas elevacion á las puertas de los aposentos á fin de que no obstruyeran el paso de las señoras. (MONSTRELET). Esos peinados estaban sostenidos por dos cuernos retorcidos que venian á ser como el armazon del edificio, descendiendo de la extremidad del de la derecha un ligero tejido que la señora dejaba flotar, ó bien recogiéndole en el brazo derecho formaba sobre su seno una especie de onda. Una mujer vestida de todo lujo ostentaba collares, brazaletes y sortijas: de su cintura recamada de oro y piedras preciosas colgaba una escarcela bordada: si se ofrecia ocasion manejaba con soltura un corcel, y generalmente se presentaba con un baston en la mano y un alcon en la muñeca. ¿Qué podrá haber mas ridículo, dice el Petrarca en una carta dirigida (1366) al Papa, «que ver hombres muy ceñidos de cintura con largos zapatos puntiagudos, con tocas recargadas de plumas, con trenzas de cabellos colgando de aquí y allí como cola de animal, y prendidas sobre la frente con alfileres de cabeza de marfil?» Pedro de Blois añade que fue moda el hablar con afectacion ¿y en qué idioma? en el idioma de Wallace y de la novela, de Rou de Ville-Hardouin, de Joinville y de Trouart.

Increible parece el lujo que se desplegó en los vestidos y en las diversiones públicas, y nosotros no pasamos de ser una gente mezquina comparados con aquellos bárbaros de los siglos XIII y XIV. En un torneo llegaron á verse mil caballeros vestidos uniformemente con un traje de seda llamado *cointise*, y al día siguiente se presentaron con otro vestido nuevo y no menos magnífico (MATHIEU PARÍS). Uno de los vestidos de Ricardo II, rey de Inglaterra, le costó treinta mil

marcos de plata (KNVGHTON). Juan Arundel llegó á tener cincuenta y dos trajes completos de tisú de oro. (HOLLINGSHEAD CHRON.)

En otro torneo desfilaron primeramente sesenta arrogantes caballos magníficamente enjaezados, conducido cada cual por un escudero de honor, y precedidos de trompetas y músicos: en seguida se presentaron sesenta señoritas espléndidamente vestidas, cabalgando en magníficos corceles, y llevando cada cual atado á una cadena de plata un caballero armado de todas armas. El baile y la música formaba parte de esos *bandors* (regocijos). El rey, los prelados, los barones y los caballeros bailaban no pocas veces al son de la gaita, de las handurrias y los tamboriles.

En las pascuas de Natividad se hacían grandes mascaradas ó mogigangas. El desgraciado Carlos VI, disfrazado de salvaje y envuelto en una tela impregnada de pez, estuvo muy cerca de ser víctima de una de esas locuras: cuatro caballeros que llevaban el mismo traje quedaron reducidos en ceniza.

Por todas partes se fue despertando la afición á las funciones teatrales. En Inglaterra los comerciantes de puros representaron la Creación del mundo; Adán y Eva se presentaron enteramente desnudos. Los tintoreros representaron el Diluvio: la mujer de Noé, rehusando entrar en el arca daba un bofetón á su marido. (*Hist. de la poesía ingl.*, WHARTON.)

Los juegos de pelota, del mallo, de los bolos y de los dados traían distraído á todo el mundo. Eduardo II dejó por pagar una partida de cinco chelines á su escudero que se los había prestado para jugar á cara ó cruz.

La caza era la gran diversión de la nobleza. Sabido es que los galos criaban perros útiles para la guerra, y que los coronaban de flores. La caza con redes era considerada como únicamente digna del pueblo. Las cacerías reales costaban tanto como un torneo: una de ellas tiene triste relación con la historia de Francia.

El Príncipe Negro había bajado á Inglaterra llevando en su compañía al rey Juan prisionero. Eduardo había mandado preparar en Londres un recibimiento magnífico, como habría podido hacerse en obsequio de un poderoso monarca que hubiera venido á visitarle. El mismo Eduardo al frente de los príncipes de su familia, de sus próceres, de sus caballeros, de sus cazadores, alconeros, pages, dignatarios de la corona, heraldos de armas, y caballeros se puso al frente de una espléndida cacería en un bosque inmediato al camino por donde debía pasar el rey cautivo.

Así que los exploradores le dieron aviso de que ya el rey Juan estaba cerca, avanzó hácia él, se descubrió la cabeza y saludando á su desgraciado huésped le dijo: «Sea mi amado primo bien venido á la isla de Inglaterra.» Juan descubriéndose igualmente la cabeza, devolvió á Eduardo su afectuoso saludo. «El rey de Inglaterra recibió al de Francia, según dicen las crónicas, muy honorífica y reverentemente, invitándole á cazar y á tomar parte en todas sus diversiones.» Pero el monarca cautivo rehusó con cortés gravedad aquellos ofrecimientos, por lo cual Eduardo saludándolo nuevamente le dijo: «¡Adios, querido primo!» y se volvió á meter en el bosque haciendo sonar las trompas de caza. Poco podía consolar al rey Juan esta generosidad algo faustuosa: pues al ponerse de relieve la prosperidad de un monarca, necesariamente debía sobresalir demasiado la miseria del otro.

Anunciábase el momento de comer en casa de los nobles por medio de una trompeta; de lo cual provino sin duda la expresión de tocar al agua (*corner l'eau*), por la razón de que antes de sentarse á la mesa solían lavarse las manos. Comían á las nueve de la mañana y cenaban á las cinco de la tarde. Sentábanse en bancos unas veces altos y otras bajos, y la altura de la mesa se acomodaba á la de estos. Del banco ha pro-

venido la palabra *banquete*. Usábanse mesas de oro y de plata cinceladas: las de madera se cubrían con manteles dobles, llamados *doubliers*, y plegábanlos como río, cuyas ondas el fresco viento encrespa suavemente. Las servilletas son de origen mucho más moderno. Los tenedores, no conocidos entre los romanos, tampoco fueron usados entre los franceses hasta fines del siglo XIV; no se hace mención de ellos hasta el reinado de Carlos V.

Usaban de los mismos manjares que los que se comen actualmente, pero empleaban en su confección refinamientos que nos son desconocidos; en este particular puede decirse que la civilización romana no había perecido. Entre los manjares considerados en aquel tiempo como muy deliciosos vemos que se hace mención del *dellegrout*, el *maupigyrnum* y el *karumpie*. ¿Qué significarían estos nombres? Servíanse en la mesa pastas de formas obscenas cuyos nombres recordaban los objetos á que aludían. Los eclesiásticos, y las señoras daban á esas groserías (1) un colorido de inocencia por la púdica ingenuidad con que hablaban de ellas. El idioma se hallaba aun, si así puede decirse en completa desnudez: las traducciones de la Biblia hechas en aquellos tiempos están tan poco veladas, y son más indecentes que el texto. *La instrucción del caballero Gofredo Latour-Landry á sus hijas* da una idea de la libertad de la enseñanza y de las palabras.

Hacíase mucho uso de cerveza, de cidra y de vino de todas clases. Del segundo de estos tres líquidos se hace mención en tiempos de la segunda raza. El clarete era un vino clarificado y mezclado con especias, y le daban el nombre de hipocras cuando lo dulcificaban con miel. En 1310 se reunieron en un festín dado por cierto abad, seis mil convidados á quienes se sirvieron tres mil platos.

Los banquetes reales presentaban intermedios. En el festín que Carlos V dió al emperador Carlos IV, figuró un buque movido por resortes secretos, y en su cubierta se veía á Godofredo de Bouillon rodeado de sus caballeros. En otro de los intermedios apareció la ciudad de Jerusalén con sus murallas coronadas de sarracenos; los cristianos desembarcaron, arriaron las escalas á los muros y los tomaron por asalto.

Froissart nos hace una viva pintura de un banquete dado por cierto poderoso barón de su siglo.

«En esta época á que me refiero, dice el autor que acabó de citar, el conde de Foix vivía aun. Cuando á media noche pasaba desde su cámara al salón para cenar, iba precedido de doce criados que llevaban doce hachones encendidos, y permanecían con ellos alrededor de la mesa dando gran claridad á la sala que siempre estaba llena de caballeros y escuderos, y con mesas servidas para cuantos quisieran tomar asiento. Nadie hablaba al conde si este no le dirigía primero la palabra. Su comida de costumbre eran aves, y por lo regular solamente los muslos y las alas: era también muy parco en la bebida. Divertíase sobremano con la música, como muy inteligente en la materia, y se complacía en que sus dependientes la ejercitaran en presencia suya. Duraba la cena un par de horas, y aunque en ella se servían manjares raros, se contentaba con verlos y los hacía pasar á las otras mesas.

«En una palabra, yo había estado anteriormente en muchas cortes de reyes, duques, príncipes, condes y de ilustres señoras, pero nunca había visto otra que

(1) *Alias fimguntoblonga figura, alias spherica et orbiculari, alias triangula quadrangulaque; quedam ventricosa sunt: quedam pudenda muliebria, alia virilia (si diis placet) representant: adeo degenerare boni mores ut etiam christianis obscena et pudenda in cibis placeant. Sunt enim quos... saccharatos appellant.* (De re cibaria: Yo, Bruyerino Campegio Lugdunensi autore, lib. VI, cap. VII, pág. 102, prima editio. Lugduni, 1560.

me gustara más, ni que estuviera en el caso de ser más divertida que la del conde de Foix. A todas horas se veían circular por las cámaras y salones caballeros y escuderos de honor, y se les oía hablar de armas y de amores. Toda clase de honor se hallaba concentrada en aquel recinto, y en él se podían adquirir noticias de todos los reinos, pues la alta importancia del conde le hacía estar en relaciones con todos los países.»

No faltaba sin embargo una horrible mancha que empañaba la galantería de este conde tan celebrado, y con sus propias manos había dado muerte al único hijo que tenía! Oigamos á Froissart: «El conde se irritó y sin hablar una palabra salió de su aposento y se dirigió á la prisión de su hijo: desgraciadamente llevaba encima un pequeño cuchillo de hoja larga y puntiaguda, con el cual se solía cortar y limpiar las uñas. Mandó abrir la puerta de la prisión, y se acercó á su hijo teniendo el cuchillo cogido de tal manera, que la afilada punta no sobresalía de la largura de los dedos más que un par de líneas escasas. Quiso la mala suerte que al tocar con esta mano la garganta de su hijo le rasgó con la punta una de las venas. El conde después de haber dicho al hijo: «Traidor, por qué no comes? se volvió á marchar á sus aposentos después de haber cerrado la prisión. Entre tanto el niño atemorizado con la inesperada visita de su padre, y debilitado por los continuos ayunos no hizo caso de la leve picadura que había sentido en el cuello: dió una vuelta en la cama, y sin duda perdió la vida durante el sueño.»

Trabajo le cuesta á Froissart el excusar semejante crimen de su huésped, y no consigue más que formar un patético cuadro.

Ya se habían tenido que promulgar leyes suntuarias acerca de las comidas, fijando el número de platos (cuatro) que habían de servirse en la mesa de los ricos, á excepción de los prelados y barones que podían comer cuanto les acomodara. No se permitía á los comerciantes y artesanos comer carne más que una sola vez al día, y en las demás habían de alimentarse con leche, manteca y legumbres.

La Cuaresma, á pesar del excesivo rigor con que se mandaba observar no impedía que algunas personas hiciesen comidas clandestinas. Cierta mujer después de haber ido en una procesion con los pies desnudos, y haber hecho en grande la llorona, se fue la hipócrita á comer un cuarto de cordero y buenas lonjas de jamón con su amante. El olor de estos manjares llegó á la calle; no faltó quien subió á la casa y se enteró de aquel nuevo género de penitencia. Prendieron á la taimada, y la condenaron á pasearse por la ciudad con el cuarto de cordero á la espalda y el jamón colgado del cuello. (BRANTOME.)

Los viajeros encontraban posadas por todas partes. Maese Juan Froissart va con su amigo Espaing de Lyon de posada en posada preguntando la historia de los castillos que se ven á lo largo del camino, y su buen compañero se la va refiriendo. «Vimos la ciudad de Tartes y estuvimos muy bien alojados en la posada de la Estrella todo un día, por ser un punto muy propósito para los caballos por sus buenos pastos, y abundantes aguas.... Luego pasamos á Orthez: El caballero se apeó en su casa, y yo en la posada de la Luna.»

Por los caminos se encontraban carros ó literas, mulas, palafrenes, y algunas veces coches tirados por bueyes: las ruedas de los carros eran á lo antiguo. Los caminos se distinguían en caminos de peage (*peageaux*) y en senderos: la anchura de ambos estaba determinada por la ley, debiendo ser de catorce pies los primeros (M. S. S. SANTA PELAYA); los otros podían estar sombreados; pero era preciso entresacar los árboles de los márgenes de los caminos reales, exceptuando los llamados árboles de sombra, (*capitula-*

res). El sistema feudal creó esa multitud de caminos de travesía que surcan el suelo de la Francia.

Usábanse generalmente los baños calientes, y eran designados con el nombre de estufas: esa costumbre, era por decirlo así, una herencia de los romanos, y no se perdió hasta la época en que bajo la monarquía absoluta la nación llegó á ser sucia. Ya hemos dicho que en tiempo de Felipe Augusto se oía continuamente gritar por las calles de París:

¿Habrá quien quiera bañarse?

Pues entre aquí sin pararse,

No crean que es engaño;

Ahora está caliente el baño.

Aquella fue la época verdaderamente maravillosa en todos conceptos; el clérigo, el monje, el peregrino, el caballero y el trovador, tenían á todas horas aventuras que decir ó celebrar. Sentada la familia por la noche en bancos alrededor del hogar, prestaba atento oído al romance de Lanzarote del Lago, á la historia lamentable del señor de Coucy, ó á los sucesos no tan tristes de la reina Piedoca, «de anchas patas como las tienen los gansos, y como en otro tiempo las (patas),» paseaba por Tolosa la reina Piedoca. (RABELAIS): ó á la historia del famoso cuentista *Papa-moscas*, que fue muerto en el vientre de una gorrina negra. (FROISSART.)

La hermosa Melusina estaba condenada á ser culebra de medio cuerpo abajo todos los sábados, y bruja los demás días de la semana hasta que se presentara un caballero que consintiera en darle la mano de esposo, renunciando á verla los sábados. Habiendo Raimundo de Forez encontrado á Melusina en un bosque se casó con ella, y tuvo varios hijos entre otros un niño que tenía un ojo encarnado y otro azul. Melusina edificó el castillo de Lusignan; pero no pudo impedir que á su esposo le acometieran deseos de verla un sábado durante su transformación en medio culebra; se escapó volando, y seguirá siendo bruja hasta el día del juicio final. Cuando la casa solar de Lusignan cambió de dueño, ó cuando ha de morir algún individuo de la familia señorial, Melusina aparece por tres días seguidos en los torreones del castillo dando dolorosos gritos. Tales eran la Psiquis de la edad media, y aquel castillo de Lusignan que Carlos V admiró, y de cuya ruina se lamenta Brantome.

Entre esos cuentos llamaban también la atención las sátiras del trovador contra algún desleal caballero, ó la vida de algún piadoso personaje. Esas vidas de santos recogidas por los Bolandos, no carecen de rasgos de imaginación no menos brillantes que las narraciones profanas; no faltan en ellas encantamientos, travesuras de duendes, esclavos redimidos, ataques de salteadores, viajeros extraviados que se enamoran de la hija del huésped que los alberga, y se casan con ella (*San-Máximo*); luces, que durante la noche revelan la tumba de alguna virgen en medio de los bosques y castillos que aparecen súbitamente iluminados (*San Vivencio, Mauro y Brista*.)

San Deicola se había extraviado en un monte, encontró á un pastor, y le rogó le dijera dónde hallaría alguna habitación en que poder recogerse. «No sé de ninguna, dijo el pastor, no siendo cierta casa situada en un paraje regado por frescos raudales en los dominios del poderoso vasallo Weissart.»—«¿Podrías tú conducirme á esa casa?—No me es posible, replicó el pastor, porque no puedo abandonar el rebaño. San Deicola clavó su báculo en tierra, y cuando el pastor volvió de acompañar al Santo, encontró á su rebaño tranquilamente agrupado alrededor del bastón milagroso. Weissart, hombre de feroces intenciones, amenazó á Deicola diciéndole que mandaría mutilarlo; pero Bertilde, esposa de aquel poco hospitalario caballero, profesaba mucho respeto á los sacerdotes de Dios. Deicola logró por fin poder entrar en la fortale-

za: acuden presurosos los criados á desembarazarle de la capa; el santo varón les da las gracias, y la cuelega de un rayo de sol que penetraba al través de una ventana de la torre. (Bolan., tom. II, pág. 202.)

Tratar de desarrollar metódicamente el cuadro de costumbres de aquella época, sería acometer imposibles y no pintar con exactitud su original confusión. Preciso es, pues, trazarlas en el mismo desconcierto en que tuvieron lugar convergiendo á un centro común y en un mismo momento: no había unidad sino en el movimiento general que impelia á la sociedad hácia un adelanto lejano en virtud de la ley natural de la existencia humana.

Por una parte campeaba la caballería y por otra la sublevación de las masas rústicas, todos los desarreglos de la vida del clero y todo el ardor de la fe figuraban simultáneamente. Los galos y las galas, especie de maniáticos que se titulaban *penitentes de amor*, se vestían de pieles durante el estío, y se arribaban al calor de grandes hogueras, haciendo precisamente lo contrario al llegar los frios del invierno, pues no se resguardaban de ellos sino cubriéndose con un vestido ligero y poniendo en sus chimeneas manojos de yerba verde en lugar de fuego. Muchos de ellos quedaron enteramente arrecidos de frío al lado de sus amigas, contándose y oyendo contar á ellas historietas de sus amores. (1) En la época de los *vandenses* de Arras, se retiraban hombres y mujeres al fondo de los bosques y allí despues de consumadas ciertas supersticiones se entregaban á una prostitucion general. Los llamados *turlupinos* practicaron los mismos excesos.

Ciertos frailes desarreglados quisieron vengarse de un obispo reformador que acababa de morir: sacaron del féretro durante la noche el cadáver del prelado, desnudáronlo del sudario y lo azotaron, sin incurrir en mas pena, por semejante atentado, que en una multa anual de cuarenta sueldos. Los Franciscanos habían renunciado á toda propiedad: ¿era propiedad el pan que diariamente comían? Si lo es, decían los frailes de otra orden; luego el franciscano que come infringe su regla; luego está en pecado mortal, por solo la circunstancia de vivir, pues para vivir es preciso comer. El emperador y los gibelinos se declararon en favor de los franciscanos, y el papa y los güelfos contra ellos. Esta cuestion dió lugar á una guerra de cien años, y el conde de Mans, que posteriormente fue conocido por el nombre de Felipe de Valois pasó los Alpes para defender la Iglesia contra los Vizconti y los franciscanos.

Iban de un extremo del mundo al otro y en el Norte de Francia apenas se podía ir de un monasterio á otro por los grandes peligros que presentaba la corta travesía de unas cuantas leguas. Ciertos frailes llamados *gírovagos* ó errantes iban á pié ó montados en alguna pequeña mula predicando por todas partes contra los escándalos; dando lugar á que algunos fuesen quemados por los pontífices, cuyos desórdenes se atrevían á reprender, ó ahogados por mandado de algún príncipe, contra cuya tiranía habían hecho tronar su poderosa voz. Había nobles que puestos en emboscada sobre los caminos reales, robaban á los pasajeros, en tanto que otros de su gerarquía se apoderaban denodadamente en Grecia, en Dalmacia y en España, de inmortales ciudades, cuya historia ni siquiera les era conocida. Había tribunales de amor en donde se discutían asuntos de ridícula frivolidad con todo el rigor de las reglas del escotismo, y en los cuales había canónigos que figuraban como jueces. Trovadores y juglares vagando de castillo en castillo, desgarrando la reputación de los hombres por medio de sátiras, y enalteciendo la belleza de las damas con sus baladas; ciudadanos reunidos en corporaciones celebrando

(1) LATOUR, hist. del Poitou; SANTA-PALAYA. Mem. sobre la antig. cab. part. V, pág. 587 en las notas.

fiestas patronales en que los santos del paraíso figuraban confusamente con las divinidades mitológicas; representaciones teatrales; fiestas tituladas de locos y de cornudos; misas sacrilegas; comidas hechas sobre los altares; el *ite missa* contestado por parte del pueblo imitando tres veces el rebuzno de un asno: barones y caballeros comprometiéndose en medio de misteriosos banquetes á hacer la guerra á un país, y haciendo ridículo voto en nombre de un pabo real ó de un alcon de llevar á cabo algún hecho de armas en obsequio de sus amigas; judíos degollados ó degollándose mutuamente y conspirando con los leprosos para envenenar los pozos y las fuentes; tribunales de toda especie condenando en virtud de toda clase de leyes á todo género de suplicios indistintamente á toda persona desde el hereje desollado y quemado en vida hasta los adúlteros, atados uno al otro y paseados en cueros entre el populacho; el juez prevaricador sustituyendo el homicida rico sentenciado con algún preso inocente; legistas dando principio á la magistratura, que andando el tiempo había de recordar en medio de un pueblo frívolo y ligero la gravedad del Senado Romano. Tal es el inmenso cuadro al que para última confusión, para último contraste se le debe añadir la antigua sociedad civilizada á la manera de los siglos anteriores, perpetuándose en los conventos; las universidades haciendo renacer las disputas filosóficas de la Grecia y el tumulto de las escuelas de Atenas y Alejandría, mezclándose con el estrépito de los torneos y de los pasos de armas. Póngase, por último sobre esa sociedad tan agitada otro principio de movimiento, una tumba, objeto de toda ternura, de todo sentimiento y de toda esperanza, que continuamente estaba atrayendo desde el otro lado de los mares á los reyes, á los vasallos, á los valientes y á los culpables; á los primeros para buscar enemigos, aventuras y reinos, y á los segundos para cumplir votos, expiar crímenes y amortiguar remordimientos.

El Oriente á pesar del mal resultado de las Cruzadas, siguió siendo durante mucho tiempo el país de la religión y de la gloria para los franceses. Sin cesar estaban estos dirigiendo su vista hácia aquel cielo hermoso, hácia aquellas palmeras de Idumea, hácia aquellas llanuras de Rama, donde los infieles descansaban á la sombra de los olivos plantados por Balduino; tenían siempre fijos en su memoria aquellos campos de Ascalon, que aun conservaban las huellas de Godofredo de Bouillon y de Tancredo, de Felipe Augusto y de Coucy, de San Luis y de Sargine: no les era posible olvidarse de aquella Jerusalem libertada por un momento, sumida de nuevo en triste esclavitud, que se presentaba á la imaginación de los franceses en el doloroso estado que la vió Jeremías, siendo objeto de bafa de cuantos pasaban á su lado, anegada en llanto, privada de sus hijos y sentada en solitario apartamiento.

Tales fueron aquellos siglos de imaginación y de vigor que manchaban con todo ese séquito, desarrollándose en medio de los mas variados sucesos históricos, de herejías, de cismas, de guerras feudales, civiles y extranjeras; aquellos siglos doblemente favorables al ingenio, bien por la soledad con que los claustros brindaban al estudio, ó bien por la rareza y diversidad de los sucesos con que el mundo coronaba á quien prefería estudiar en el gran libro de la sociedad. No había un solo punto en el reino donde incessantemente no estuviera ocurriendo alguna novedad: cada señorío civil ó eclesiástico era un pequeño Estado que giraba, grabitaba en su órbita y tenía sus faces propias: á diez leguas de distancia de un punto se notaba una completa variación de costumbres. Este orden de cosas, extremadamente dañoso á la civilización general, imprimía extraordinario impulso al espíritu particular y así es que todos los grandes descubrimientos datan de aquellos siglos. Jamás ha te-

nido tanta expansión la vida del individuo: el rey no pensaba mas que en dilatar las fronteras de su reino; el señor en apoderarse del feudo de un vecino; el ciudadano en aumentar sus privilegios, y el mercader en nuevos caminos para extender su comercio. En ningún ramo había que buscar profundidad de conocimientos; pero nada se había aun gastado y en todo había fe, pudiendo decirse que aquellas generaciones se mantuvieron al borde de todas las esperanzas, así como un viajero que sentado en la cima de un monte

espera la salida del día, cuyos crepúsculos empieza á divisar en el Oriente. Hacíanse investigaciones lo mismo sobre lo pasado que sobre el porvenir, y se caminaba rápidamente hácia destinos ignorados, cuya existencia adivinaba el instinto, así como en la juventud se forma una idea de lo restante de la vida. La infancia de aquellos siglos fue bárbara, su virilidad estuvo llena de pasión y de energía, y al morir legaron á las edades civilizadas el tesoro que habían llevado en su fecundo seno.

HISTORIA DE FRANCIA.

FELIPE VI LLAMADO DE VALOIS.

(Desde el 1328 al 1350.)

Hasta el reinado de Felipe de Valois nada de anti-pático ni violento se había revelado en las contiendas que habían ocurrido entre la Francia y la Inglaterra; pero desde aquel momento se convirtieron en una rivalidad nacional que casi llegó á dividir el mundo. Comenzaron las hostilidades sobre la tierra firme y se perpetuaron por espacio de dos siglos para prolongarse luego sobre los mares: faltó tierra en que disputar á los ingleses, pero no les faltó animosidad y prosiguieron estrellándose con las olas del Océano contra aquellas playas, de donde los franceses habían conseguido expulsarlos.

Separáronse ambas naciones sin esperanza de volver á unirse; desgarraron absolutamente todos los vínculos de parentesco y de familia; la Inglaterra dejó de ser normanda. Eduardo III desterró de los tribunales de su monarquía el idioma francés: el idioma despreciado de los sajones vencidos fue adoptado por los vencedores impulsados de animosidad hácia su antigua patria. Desarrollóse el carácter mercantil de los isleños: sus lanas se convirtieron en tesoros en los mercados de Flandes, y la casta de sus rebaños se mejoró con las razas que el duque de Lancaster sacó de España y Portugal, contribuyendo eficazmente la abundancia de aquellos al alimento material del ejército que Eduardo III puso en campaña contra la Francia. Afortunadamente esta última nación no es mercancia de aquellas que puedan trocarse por un saco de lana y á todos los tratados de partición de la monarquía de San Luis, que el monarca inglés hizo con su compadre Artavelle, el cervecero, no faltó nada mas que la firma de Duguesclin.

El mal que hace un injusto enemigo, redundando en provecho de la nación oprimida en virtud de una magnífica ley de la Providencia: los primeros síntomas de emancipación nacional se manifestaron en los estados reunidos en París durante el cautiverio del rey Juan; las *Grandes compañías* y la *Jaquería* fueron calamidades que á pesar de esa circunstancia contribuyeron á dar fuerza al derecho. Donde quiera que los hombres se apoderan de su independencia natural, al volver esta á someterse al freno de la ley hace dar un paso hácia la libertad política. Una vez que el pensamiento ha conseguido romper sus trabas aunque no sea mas que por un momento, conserva el recuerdo de su libertad; no hay poder que destruya las ideas que han llegado á desarrollarse; en vano sería pretender abrumarlas con cadenas, pues por último gastarían los hieiros de su prisión y estallarían tal vez con mayor violencia.

A medida que la libertad común iba tomando in-

cremento, crecía también el poder regulador. La justicia real penetraba en las justicias particulares; púsose coto á las usurpaciones de la ley eclesiástica, y no tuvo mas remedio que sujetarse á la apelacion como de abuso. La guerra nacional dando lugar á la formación de ejércitos numerosos dió fin á las guerras particulares: finalmente casi podría decirse que la pólvora al cambiar la naturaleza de las armas voló el antiguo edificio del feudalismo.

Mas todos esos progresos de la civilización, todas esas revoluciones en los ánimos, en las costumbres y en las leyes no se consumaron sino paulatinamente y entre el tumulto de todos los desastres. Preciso fue que los franceses aprendieran á dar libertad á su patria recibiendo anticipadamente las tres lecciones de Crécy de Poitiers y de Azincourt. El reinado de Felipe VI, llamado de Valois, abre esas escenas de la historia francesa.

SUMARIO.

La viuda de Carlos el Hermoso da á luz una hija.—Una asamblea de prelados y de próceres da la corona á Felipe de Valois.—Exámen de las pretensiones de Eduardo III á la corona de Francia.—Primeros actos de la administración de Felipe.—Investigaciones sobre los financieros.—Juana de Francia que se había casado con Felipe, conde de Evreux es proclamada reina de Navarra.—Dácese á Felipe la Champagne y la Brie en cambio de los condados de Angulema y de Mortain, con dos rentas asignadas sobre el real tesoro y el patrimonio de la corona.—Consagración del rey.—Dácese á Felipe el sobrenombre de *Afortunado*.—Luis, conde de Flandes, viene á tributar homenaje á Felipe, é implora su socorro contra los pueblos sublevados de aquel país.—Guerra de Flandes.—Toma Felipe el oriflama en San Dionisio.—Colores nacionales, que no han sido siempre los mismos: su historia.—Victoria de Cassel.—Intímasele á Eduardo tribute homenaje á Felipe como duque de Guyena y conde de Ponthieu.—Pasa á Amiens y lo tributa solemnemente.—Conflicto entre las jurisdicciones señoriales y eclesiásticas.—Discurso de Pedro de Cugnieres.—Eduardo confirma el homenaje tributado al rey en Amiens.—Proyecto de Cruzada.—El papa piensa en pasar á Italia.—La residencia de la Santa Sede en Aviñon era un bien para Francia y un mal para la cristiandad.—El duque de Normandía, hijo del rey, se casa con Bona de Luxembourg, hija de Juan, rey de Bohemia.—Desvanécese el proyecto de cruzada.—Historia del proceso de Roberto de Artois, tercero de este nombre, y de su tía la condesa de Artois.—Convencido Roberto de haberse servido de títulos falsos, se retira cerca del duque de Brabante.—Refusa comparecer ante un tribunal.—El Parlamento le condena á muerte, y el rey se lo conmuta en destierro perpetuo.—Roberto disfrazado de comerciante huye á Inglaterra.—David Bruce, rey de Escocia, busca un asilo al lado de Felipe.—Sublevaciones de Flandes.—Santiago de Artavelle.—Eduardo que buscaba agravios y pretextos para declarar la guerra á Felipe, intriga con Artavelle.—Ambos monarcas buscan aliados.—Voto de la garza real.